



**J. P. SALINAS**

*Los días de Julián*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**J. P. SALINAS**

*Los días de Julián*



EL GUARDIÁN LITERARIO

*A todos mis amores que nunca serán y,  
A mis mil muertes que tanto amo.*

*A Yesica, el gran amor de mi vida,  
a quien le deseo la mayor felicidad.*



# Índice

<i>Capítulo 1 - Enero 2005</i> .....	11
<i>Capítulo 2 - Abril 2006</i> .....	37
<i>Capítulo 3 - Mayo 2007</i> .....	59
<i>Capítulo 4 - Mayo 2011</i> .....	75
<i>Capítulo 5 - Agosto 2012</i> .....	109
<i>Capítulo 6 - Marzo 2013</i> .....	137
<i>Capítulo 7 - Noviembre 2013</i> .....	149
<i>Capítulo 8 - Octubre 2014</i> .....	183
<i>Capítulo 9 - Diciembre 2014</i> .....	201
<i>Capítulo 10 - Diciembre 2015</i> .....	215
<i>Capítulo 11 - Marzo 2016</i> .....	229
<i>Capítulo 12 - Diciembre 2017</i> .....	251
<i>Capítulo 13 - Julio 2019</i> .....	271
<i>Capítulo 14 - Diciembre 2019</i> .....	287
<i>Capítulo 15 - Marzo 2021</i> .....	297
<i>Capítulo 16 - Junio 2022</i> .....	321
<i>Capítulo 17 - Marzo 2025</i> .....	339
<i>Capítulo 18 - Junio 2027</i> .....	353

## **Capítulo 1 - Enero 2005**

### **Sábado.**

El chirriante sonido de la heladera abriéndose, dividió la tarde con un lamento que marcaría el inicio de las actividades en el bar. La luz naciente en su interior quitó el velo a la comida que pretendía permanecer en la oscuridad. Una barra de jamón previamente abierta, ya ultrajada por manos laboriosas, una barra de queso en estado impertérito, estrangulada por un papel traslúcido, y algunas fetas de salame esparcidas con impericia, habitaban transitoriamente en distintos estantes de la heladera, imitando, sin saberlo, a nómades que, de pronto, desprovistos de una calma propia de objetos a los que la vida ha decidido ignorar, partirían para perderse en caminos trazados hacia el olvido.

Julián retiró la barra de jamón y examinó con detenimiento su estado. Tal como le había sido instruido, procedió a colocarla bajo el agua de la bacha para dotarla del brillo que debía detentar. Le gustó ver el resplandor de las luces sobre el fiambre apoyado sobre la mesada. Atravesando la puerta rebatible, abandonó la minúscula cocina y se adentró en la oscuridad del pasillo que

comunicaba con el resto del bar. Era un angosto pasadizo que albañiles habían construido con el desgano y la obligada diligencia de la labor impuesta. Se notaba, sobre todo, en los revoques que comenzaban a desgranarse y que hacían que el tránsito a través de él fuera todavía más lóbrego que lo que la lógica hubiera dictado. Desprovisto de la luz del sol, atravesarlo implicaba adentrarse en un túnel en plena oscuridad donde no lograba siquiera divisarse el extremo opuesto. Figuras indistinguibles transitaban por el mismo, figuras que no eran más que intrusos en la placidez que su oscuridad simulaba, extranjeros frente al sosiego que su hermosa decadencia contraponía a la vivacidad de pasos ligeros, de respiraciones entrecortadas, de decires pasajeros. El final se encontraba coronado por una pequeña sala, donde se hallaban el horno para pizzas, el freezer para helados, y sobre una mesa, que resaltaba por el óxido de sus patas dotándola de una extraña apariencia perturbadora, la cortadora de fiambre.

Julián tomó papel film de una de las estanterías. En vistas del objetivo, tuvo el cuidado suficiente para asegurarse de que su peregrina tarea se iniciara como es debido, con el pie derecho, minimizando desaciertos desafortunados. Lo situó junto a la máquina, para poder colocar las fetas de jamón a cortar. Colocó la barra sobre la cortadora, y con extrema cautela, ante previas patadas de corriente, la enchufó. Estaba decidido a eludir las decisiones del azar. Solía llevar a cabo cualquier actividad en la que se encontrara inmiscuido con

un sentido de la responsabilidad digno de admiración. Apretó el botón de encendido. Con su mano izquierda, empujó la barra contra el filo de la sierra, mientras su mano derecha actuaba como soporte. El sonido que produjo el contacto de ambos elementos le devolvió imágenes remotas. Las desechó rápidamente. De haberse detenido en ellas, el derrotero hubiera sido completamente diferente. La primera feta resultó excesivamente gruesa y reguló la máquina para lograr el grosor que su encargado le exigía. Al ajustarla, se enorgullecó de poder contribuir de este modo a las finanzas del bar. Se enaltecó aún más al recordar que el encargado ya se había quejado por lo que él consideraba un desperdicio de fiambre; su sentimiento se agudizó cuando acudió a su memoria aquel sábado en que el dueño del bar lo había maltratado, lo había reducido desde la condición de sujeto a la condición de ser objeto de vociferaciones incongruentes, lo había enajenado con una mirada de fiera enjaulada, repleta de desconsuelo u odio.

Tres sectores componían el bar. La sala principal, con una barra de madera que intentaba, con poco éxito, alcanzar cierta elegancia. El patio descubierto, con mayor cantidad de mesas, y lugar por excelencia para los días de verano. Allí, el mismísimo dueño del bar atendía la barra, aunque sólo viernes y sábados a partir de las diez de la noche. Encontraba un gozo carente de objeciones al exponerse a la mirada ajena, en busca de una gloria que sólo ilusos osarían reclamar. Finalmente, en el primer piso, y accediendo por una

escalera de cemento incómodamente peligrosa, la pista de música electrónica. La oscuridad que la gobernaba competía en macabra carrera con la del mentado pasillo y, a su vez, ocultaba una barra más humilde que la de la sala principal, así como varias mesas bajas con derruidos sillones de cuero.

Julián trabajaba en la planta baja y agradecía no hacerlo en el primer piso, evitando así el volumen infernal de la música electrónica, y la visión de borrachos, drogadictos y mujeres que se prestaban al juego propuesto por el alcohol y el dinero, durante las noches en que el libertinaje desplazaba los prejuicios morales a un segundo plano. Portadores del secreto de una felicidad instantánea se codeaban entre sí buscando hallar a su perfecto rival en la indiferencia hacia la conciencia diurna. Sólo sufría cuándo debía llevar allí dos pesados barriles de cerveza que lo igualaban en peso, obligado a cargarlos por la escalera de cemento.

Al terminar de cortar el jamón, se aprestó a realizar la misma tarea con la barra de queso. Culminó con relativo éxito y con una mano todavía aterida por el esfuerzo maquina, se limpió las gotas de sudor suspendidas en el abismo de su frente. Un arroyo de pequeños suspiros desprendidos de la arboleda que formaba su pelo habían sido testigos del responso que reproducían sus dedos al ejercitarse en las instrucciones dictadas por el supervisor. Guardó ambas barras en la heladera de la cocina y comenzó a armar los tostados. Pan, jamón, queso y mayonesa. Pan, jamón, queso y mayonesa. Pan, jamón,





necesario revisar los papeles que delineaban el esquema de trabajo en el bar para poder determinar quién era el responsable asqueroso que había permitido ese cúmulo atroz —seguramente no estaba definida tal obligación en el baremo y el resultado era justamente ese.

—Cocinerito, ¡Tomá la comanda! —dijo Nicolás, ingresando con violencia tras empujar la puerta rebatible y pinchando el papel en el tablero colgado en la mohosa pared de la cocina.

Julián lo miró con confraternal simpatía. Nicolás devolvió la gentileza.

—Dos café con leche y dos tostados —leyó Julián en voz alta—. ¿Vas haciendo los cafés y yo hago los tostados? En diez los tenés.

—Dale troló.

Nicolás retornó a la barra principal y se puso a preparar los cafés. Con cinco años más que Julián, tenía una perspectiva de vida bien diferente. Padre de un nene de tres años, que mantenía cómo podía con los veinte pesos diarios que ganaba trabajando en el bar, a duras penas (más duras que penas), había logrado terminar su educación secundaria. Y lo había conseguido con un esfuerzo desmesurado, aprendiendo de memoria aburridos textos de historia y filosofía, que olvidaría al minuto de haber rendido la materia final. Este pequeño éxito había sido insignificante en la vida de Julián. De hecho, no había necesitado aplicar esfuerzo alguno para lograrlo. Por decirlo de otro modo, era como si lo hubieran sentenciado a ascender una escalinata de incontables peldaños,

sin rellanos, y esta etapa se correspondiera simplemente a la tranquila caminata que era sin más el prelude del tortuoso ascenso. Se encontraba ya inmerso en los preparativos para el comienzo de la facultad. Luego de debatir una y otra vez con su familia, y con el nerviosismo que suponía tamaña decisión, se había inscripto en la carrera de contador. Aunque le hubiera gustado estudiar medicina, la necesidad de trabajar impuesta por su familia lo había conducido a tomar otro sendero académico. Quizás no tan noble como el que su corazón le dictaba, pero no por ello menos digno. Estaba empleado en el bar desde principios de diciembre, y lo haría hasta, por lo menos, el 28 de marzo que comenzaban las clases. Esa primera semana de diciembre había recorrido el centro de la ciudad ofreciéndose para cualquier empleo disponible. Se había sometido a todo tipo de entrevistas en negocios de diversa índole. No le importaba trabajar como peón en una obra o simplemente atendiendo un local de ropa. Le disgustó, sin embargo, el indiscernible tránsito que implicaba el ser examinado en el ámbito colegial por parte de profesores, al fin y al cabo, condescendientes, para pasar a ser cuestionado por empleadores mezquinos, que generalmente, lo menospreciaban por su edad y aspecto vulgar.

Consiguió que lo acepten en una pizzería, ubicada cerca de una calle peatonal, atestada de negocios y de paseantes de fines de semana. Le había gustado especialmente que el local ofreciera la posibilidad de comer parado, al paso, con la opción de comprar cuantos pedazos sueltos

el cliente deseara; también, le había atraído esa combinación irresistible con que la levadura, la harina y la mozzarella invadían la pequeña sala abierta hacia la calle. Pero ese mismo día vio el cartel en el bar. “Se busca barman y ayudante de cocina”. El bar era el más popular de la ciudad, y se imaginó trabajando allí y pavoneándose frente a amigos y, por supuesto, las mujeres, quienes hasta entonces eran un misterio insondable para Julián. Podría decirse que el temor se apoderaba de él cada vez que se encontraba en una situación en la que se veía obligado a entablar conversación con una chica. Un temor ridículo que iría desgastándose a medida que el tiempo transcurriera. Muchos ya habían concluido que de un ser andrógino se trataba, otros aseguraban que simplemente era asexual, y unos pocos afirmaban que Julián era pansexual y en busca de su alma gemela se encontraba. Eran sus primeros intentos para salir del ostracismo al que las mujeres, y al que su propia timidez, lo habían sentenciado hasta entonces y una oportunidad única para comenzar a dejar atrás un retraimiento que, en verdad, lo acompañaría durante el resto de sus días. Porque cuán difícil es desprenderse totalmente de esos vicios de la personalidad que surgen al nacer o que se forman en los primeros años de vida, y que permanecen sellados como una impronta que pareciera ser en vano intentar dejar atrás. Una situación incómoda que por designios azarosos nos toca vivir a nosotros y no a cualquier otro, y que nos impone una introversión sin sentido, o un juicio erróneo de quien consideramos más inteligente, que nos denota de un orgullo propio inexistente.

Y no es que sea imposible lograr cambios de conducta, pues todos tienen la posibilidad de la redención, sino que se trata de esa indefinición que llevamos dentro, que ni nosotros mismos podemos precisar con exactitud, que para bien o para mal, y casi como si tuviera existencia propia, decide no abandonarnos nunca, al menos, no del todo.

Tomó valor, entró, habló con el encargado Mauricio, y comenzó esa misma tarde de verano. Jamás se olvidaría de la charla y del haz de luz que se colaba por uno de los ventanales frontales, bañando la barra de una luminosidad preciosa en las que miles de motas de polvo descendían camino al exilio. Veinte pesos por día. Ocho horas los domingos y de martes a jueves, y doce horas los viernes y sábados. Los lunes, franco. Un trato justo, le pareció.

Había pasado un mes desde aquel día de diciembre, y Julián manejaba a la perfección todas las tareas. Era tan impresionante la velocidad con que aprendía todo lo nuevo, así como deslumbrante su torpeza para otras cuestiones de la vida que la mayoría llevaría a cabo sin necesidad de detenerse a pensar un segundo. De vez en cuando, dominado por descuidos inevitables, quemaba una pizza. No obstante, era valorado por el encargado, a quién le costaba encontrar mano de obra decente y obediente para el bar. Deseaba trabajar solamente en la barra, pero lo habían asignado a la cocina. Aprovechaba cualquier oportunidad para escabullirse al frente del bar y ayudar en lo que sea. Había aprendido a preparar desde Daikiris hasta Tom Collins. Jamás se había quejado un cliente por la calidad de la comida, y Julián

pensaba que destacándose en la cocina sería finalmente ascendido a su codiciada barra.

—Salen dos tostados —dijo Julián, atravesando la puerta rebatible que separaba el pasillo de la sala principal, y los apoyó sobre la barra, junto a los cafés que había preparado Nicolás.

—Ya era hora —dijo Noelia, irritando como siempre con su voz chillona. Noelia era una de las cuatro camareiras de ese día. Era morocha, alta y de proporciones generosas. Tenía un carácter fuerte y no se guardaba ningún pensamiento para sí. Muy al contrario, espetaba todo lo que se le pasaba por la cabeza, embadurnando cada una de sus ideas y comentarios con ese estridente sonido que le salía de la boca cada vez que intentaba hablar.

—Dame la mitad de tu propina y van a salir el doble de rápido —contestó Julián, claramente molesto.

—¡Qué grande Juli! —exclamó Nicolás, festejando el comentario de su compañero. Se llevaban muy bien desde el primer día, cuando Nicolás, ya con tres años trabajando en el bar, le había enseñado todas las tareas. Habían logrado congeniar en tan sólo minutos desde que fueron presentados. Habríase dicho que ya se conocían de otra época o que sus personalidades conllevaban todos los elementos necesarios para crear un singular sentido de afabilidad y de confianza, principalmente eso, confianza.

—Basta de boludeces —dijo Noelia, acabando la conversación. Colocó el pedido en su bandeja y lo llevó a una mesa exterior, donde había una pareja de treintañeros.

La propina era un frecuente tema de disputa entre los empleados del bar, ya que solía ser propiedad exclusiva de las camareras y no había nada para los barmans, lo que ellos consideraban sumamente injusto.

—Julián, dos daikiris de frutilla —dijo Candela, otra de las camareras, alcanzándole la comanda tras la barra. Candela era de menor estatura, muy agradecida y de pocas palabras. Tenía también un hijo de corta edad.

—Dale Candela — contestó Julián, y se dirigió a la cocina.

—Como se nota que te la querés coger —dijo Nicolás, entrando como siempre de manera brusca.

—No seas boludo. Si no le dije nada. Aparte, tengo novia —dijo Julián.

—¿La pibita del San José?

—Se llama Vicky.

—¿Se la pusiste ya?

—No te importa.

—Yo también... mirá lo que te pregunto. Es obvio que no, si sos un virgo.

—Ella es virgen, no es tan fácil.

—Seguro se la pusieron mil veces antes que vos. Te lo digo porque se le nota en las caderas. ¿No te diste cuenta cómo las tiene ensanchadas ya? —le dijo Nicolás en tono de burla, acompañando su comentario con gestos procaces.

—Andate antes de que te cague a piñas —contestó furioso Julián. Eran comunes las bromas entre ellos,

pero Nicolás se mofaba constantemente de la inocencia de su compañero.

—¡Bueno tranquilo! Era una joda che ¿Mañana la ves?

—Sí, vamos de nuevo al cine.

—¿Otra vez te va a tocar? Te va a dejar con dolor de huevos como la semana pasada.

—Si le acababa en la mano, me mataba. ¿Te imaginas? —y proyectó en su cabeza las recriminaciones de las que hubiera sido víctima, y la vergüenza que hubieran pasado frente a toda la sala, ya que lo más seguro, era que gran parte de los asistentes se dieran cuenta de lo sucedido y lo hubieran abucheado y tildado de degenerado y quizás hubieran detenido el largometraje, obligándolo a retirarse con las luces encendidas para que fuera visiblemente identificado como el depravado que era.

—No pasa nada, hacete el boludo, seguro que le gusta. Yo ya las conozco a las minas... Eso sí, levá servilletas por las dudas.

—La veo a las tres y la peli es a las cuatro, dura como mucho dos horas y vengo para acá ¿Me exprimís el jugo si no llego?

—Dale gay —contestó Nicolás—. Antes de la llegada de Julián, trabajaba solo en la cocina y entendía la frustración que a su amigo le producía no estar en la barra. En cambio, Gabriel, el otro barman permanente, no se inmutaba en lo más mínimo ante los problemas de la cocina y jamás echaba una mano, aunque el tablero rebalsara de comandas. Era casi un autómatas, un raro



y desagradable según había sentenciado el cotilleo de sus compañeros. Estaba claro que se regodeaba en su actitud mezquina y ello provocaba el disgusto del resto de los empleados.

—¿Alguien labura acá? —exclamó Mauricio, el encargado, entrando a la cocina—. Tengo una comanda de cerveza y 4 pizzas individuales. Métnle viejo.

—Dale jefe —dijo con sorna Nicolás, y salió de la cocina a servir la cerveza.

—La puta madre —rechinó entre dientes Julián. Odiaba preparar las pizzas y, sobre todo, en esa cantidad. El horno era chico y tenía que sacar todas al mismo tiempo. Luego de terminar y entregar los daikiris, sacó las prepizzas de la heladera, las cuales había descongelado el día anterior, como así también el queso y el resto de ingredientes. La mezcla de olores le recordó cuando su madre le preparaba la comida, y él, sentado en la cocina, admiraba las fases de ese ritual que consideraba casi mágico. El delantal blanco con ilustraciones, el olor a la masa horneándose y las manos de su madre cortando a la perfección infinidad de rodajas de tomate. Sin embargo, el recuerdo se desvaneció en el instante en que colocó los ingredientes sobre las prepizzas, dos de mozzarella, una de jamón y morrones y otra calabresa, y las llevó al horno que estaba encendido en mínimo desde la tarde. Sólo entraban dos pizzas al mismo tiempo, por lo cual debió hacer malabares para que salgan las cuatro juntas, sacando las primeras dos para colocar las restantes, y luego volviéndolas a poner en el horno para calentarlas.

Una secuencia quizás inextricable que llevaba a cabo con magistral pericia. Estaba claro que, de haber ingresado en la pizzería que abandonó tan raudamente, le aguardaba un futuro brillante como maestro cocinero.

—Salen cuatro pizzas —esbozó Julián, y las llevó a la barra.

—Gracias Juli —contestó Candela, cargando el pedido en una bandeja, hacia una mesa compuesta por cuatro mujeres que no paraban de parlotear.

—¿Me das un *Jack Daniels* con hielo Juli? —dijo un hombre de mediana edad que se sentó en la barra. Era flaco, tenía el cabello gris, y los ojos verdes con grandes ojeras. Sin esa claridad que se posaba sobre el centro de su cara, bien distinto habría sido su aspecto, definitivamente menos amigable, y las miradas hubieran rehusado posarse en esas facciones extremadamente ajadas que contaban historias de alcohol y de tristezas ocultas.

—¡Hola Jorge! —saludó Julián. Jorge era un cliente habitual, vecino del barrio. Diariamente, y al igual que tantos otros ilusos, recurría al bar como vía de escape al martirio familiar. Tenía una distribuidora de vinos bastante exitosa, y era proveedor de los mismos.

—¿Todo bien Juli? Mirá lo que te traje —dijo, y le alcanzó una botella de vino.

—Ah...Es un vino... Gracias Jorge —resonaron las palabras de Julián, exponiendo la incomprensión que le generaba semejante regalo.

—¿Un vino? ¿Vos sos boludo? No es cualquier vino. Es un Ricardo Correas pibe ¿Sabés lo que cuesta?

—No, ni idea, perdón. No tengo la más puta idea de vinos.

—Es de lo mejor que hay. Esto es bueno de verdad, no como la mierda con la que proveo a este bar. Te lo traje especialmente para vos.

—Jorge, no es necesario...

—Dale nene, guardalo, guardalo. En agradecimiento por todos los whiskies que me regalaste.

Ambos sentían un aprecio mutuo, algo indefinible, aunque casi un paternalismo gradual que había nacido como resultado de la diferencia de edad y los consejos que habitualmente le proporcionaba Jorge.

—Gracias...

—De nada, espero no verte mucho tiempo más en este antro ¿Cuándo empezás la facultad?

—El 28 de marzo. Capaz sigó viniendo los fines de semana igual. Voy a ver...

—No seas boludo, te vas a joder la vida. Miralos a los otros pibes. Candela y Nicolás tienen hijos y no pueden más. Se desloman trabajando acá por cuánto, ¿treinta pesos por día?

—Veinte. Pero Candela se lleva propinas.

—Y no van a salir más de acá, pobres esclavos eternos. En cambio, vos vas a ser contador. Vas a poder trabajar en una empresa grande, y ganar bien. Mi sobrina es analista contable en la cervecería y le pagan dos, tres lucas más o menos. Hace poco se compró un autito. Vas a ser un profesional pibe. A menos que quieras otra cosa... No sé, en definitiva, está en vos elegir. Yo, en tu lugar,

aprovecharía las oportunidades. Cuando te pones viejo y arrugado como yo, recién ahí, te empezás a dar cuenta de que el tiempo no te da perdón, de que los días se convierten en años sin que lo notes, y de que mejor no mirar atrás para no deprimirse de todas las decisiones mal tomadas. Cuando escucho a esos giles que dicen que no cambiarían nada de su pasado, porque eso les hizo ser quien son. ¡Por favor! Sabés la de disgustos que me podría haber ahorrado si alguien me hubiera cantado la justa en los momentos precisos. Mirá, no te das una idea. Pero, en fin...

—No sé, es larga la carrera, veremos. Lo tengo que pensar.

—No seas cagón. Ponele mucho huevo y no desperdicies la vida.

—¡Juli, dos hamburguesas completas! —ladró Noelia acercándose a la barra con la comanda. Mientras se la alcanzaba, Julián se detuvo un instante a reflexionar sobre cuán desagradable podía ser la voz de una persona.

—Tenés trabajo cocinerito —le dijo Jorge burlonamente.

Julián guardó el vino en su mochila que estaba colgada en el pasillo, y volvió a la cocina a preparar el pedido.

La noche se hizo agitada a partir de las diez. Acudían al bar jóvenes con finalidades inciertas que les permitían arrojar al olvido del tiempo. Las risas se intercalaban con tragos de bebidas alcohólicas, y una sintonía vocinglera creaba un ambiente en que la insustancialidad de conversaciones superfluas parecía ser la norma.

En mitad de la jornada, el dueño del bar interpelló a Julián.

—Che, estás laburando bastante bien me dijo Mauricio.

—Bueno, gracias —contestó Julián, dubitativo.

—Nada, nene, seguí así. Sabés que el “Flaco” empezó trabajando como barman y ya está ganando cincuenta mangos por día como encargado de la barra de arriba. La está rompiendo. Dale, dale...seguí metiéndole así —y se retiró orgullosamente a la barra de afuera.

No fue hasta las siete de la mañana que Julián se liberó del bar. De día, con el sol pegándole en la cara y la humedad agobiándole el alma, emprendió el retorno a su casa, transitando por veredas de fealdades bien diversas. A pesar de los repetidos paisajes tan poco favorecidos por los placeres sensoriales (bolsas de residuos que habían sido violentadas en plena noche, ancianos que salían en calzoncillos y medias de traje a baldear sus veredas, el olor a grasa de las panaderías que comenzaban a abrir, jovencitos en cuclillas o sentados en la vereda, con sus cabezas entre las piernas, y bañando de vómito las calles), lo que más le molestó fue el calor que se desprendía de la grava y que hacía aún más dificultoso cada paso.

Al llegar, se bañó con estoica voluntad para liberarse de las asquerosidades que el bar había impregnado en su cuerpo. Puso el despertador a las doce, para no perder su cita con Vicky. Se recostó, y rápidamente sucumbió al sueño.

### **Domingo.**

El despertador lo trajo de vuelta a la vida. Se sintió molesto. Pero también percibió cierta extrañeza. Se había mojado los calzoncillos. La erección remanente le reveló los residuos de un sueño erótico. Se puso una remera vieja y fue al baño para orinar y limpiarse. Tuvo que sacar del baño a Sofía, su hermana menor que se vanagloriaba frente al espejo. Mientras la echaba, el tacto le reveló la rigidez de su cuerpo y una piel tersa que daba ganas de acariciar. Se erectó. No se sorprendió. Debíó esperar un buen rato a que la erección se disipara para poder orinar. Es justo añadir que su edad y el tumulto de sus hormonas hacían que, momentáneamente, su instinto animal primara por sobre sus barreras morales. Lejos se encontraba de querer intentar comenzar cualquier tipo de relación incestuosa con su hermana.

Sus padres ya estaban despiertos desde el mismo momento en que Julián había abierto la puerta al regresar. Se bañó, cambió el calzoncillo, y se puso un short. El calor era insoportable.

—¡Chicos, comemos en veinte minutos! —exclamó la madre desde la cocina, al ver que Julián ya se había despertado, tratando de sobreponerse al sonido de la televisión. Rechoncha, añejada, rubia y demacrada, sus apariencias no lograban reflejar desde ningún ángulo el amor que sentía por sus hijos.

—No grites Roxi, nos vas a dejar sordos —le espetó Raúl—. Siempre lo mismo viejo... —murmuró para sí, ya resignado a la recurrente vociferación para el almuerzo.

Labrador de toda la vida, era un comerciante con intelecto limitado, aunque voluntarioso.

Tras unos minutos, estaban Roxana y los chicos sentados a la mesa. Raúl vino del patio trayendo una bandeja con chorizos, morcillas y riñones.

—Un aplauso para el asador —exclamó Roxana. Aplaudió con alevosía, cual si fuera un chimpancé, celebrando tontamente la intrascendencia del hecho, y acompañada tímidamente por sus hijos, cuyo desgano restauraba el equilibrio resquebrajado por la exageración de su madre.

—Me muero de hambre —gruñó Julián, pinchando con el tenedor una morcilla.

—¿Estás apurado? ¿Vas a algún lado? —preguntó socarronamente Sofía.

—Qué te importa —replicó Julián de manera seca.

—Vas a ver a la piba del San José.

—¿Qué tiene?

—Es una trola.

—¡Callate! —gritó Julián, claramente molesto con su hermana menor. Se llevaban casi cuatro años, y vivían en eterno conflicto por cualquier motivo que surgiera en el momento.

—Se calman —dijo Roxana.

—Bien tigre —exclamó Raúl, orgulloso por la aparente conquista de su hijo y con disimulado alivio al notar que comenzaba a darse maña con el sexo opuesto.

—Acordate que tenés que cuidarte Juli —comentó Roxana.

—Sí, usá siempre forro —torpemente largó el padre.

—Ay Raúl...

—¡Callensé! —ladró Julián, muy avergonzado. Odiaba esas conversaciones en la mesa familiar, que lo hacían ruborizar instantáneamente, al contrario de su hermana, a quien las acaloradas discusiones le suministraban atisbos de erotismo precoz.

—Bueno, se acabó, todos a comer, que se enfría —sentenció así Raúl el debate —Juli, hace mucho que no vas con nosotros a ver al abuelo, ¿vas a venir el domingo que viene?

—No creo, quedo muerto del fin de semana, y seguro tenga cosas que hacer.

—El abuelo no va a estar para siempre —contestó seriamente Raúl.

—¡Papá, no digas eso! —exclamó Sofía, molesta con el comentario.

—Haya paz —dictó Roxana, y siguieron almorzando. Finalmente, la comida siempre terminaba imponiendo un ambiente de silencio, en el que cada uno se adentraba en sus pensamientos, totalmente ajeno a quien se hallara a su lado. Sólo los ruidos de comida triturada por bocas voraces les devolvía el recuerdo de que cada uno de ellos se hallaba rodeado de sus seres más amados, aunque prestos a dejarse llevar por el placer fácil que les suministraba el almuerzo.

Al terminar de comer, Julián subió a su habitación a cambiarse para su salida con Vicky. Se quedó en calzoncillos y se miró al espejo. Tenía el pelo castaño,



ojos marrones, facciones agradables pero imperfectas. La imagen le devolvió un cuerpo sumamente delgado e imperceptibles músculos que rasgaban su piel, dando como resultado una figura digna de olvido. Se entristeció por un breve momento, pero procedió a ocultar dicho sentimiento buscando su mejor perfil de modo que el reflejo lo conformara con la mayor presteza posible. Se contentó con poco. Concentró su vista en sus calzoncillos y en el bulto que generaba su pene; en un instante, quedó completamente desnudo y, en un atisbo, comparó cuán distinto era su cuerpo con y sin tan sencilla prenda. Se sorprendió ante el cambio radical que generaba. Se conformó una vez más y su egoísmo machista le exaltó repentinamente el ánimo. El recuerdo del incidente sexual del cine, lo llevó a enaltecer dicho momento. Sin saber claramente por qué, dominado tal vez por un ímpetu primigenio, se masturbó con violencia frente al espejo hasta saciar su incomprendida necesidad. Lejos de ello, pero parecía la primera vez que se masturbaba. En el mismísimo momento de la eyaculación, comprendió la necesidad de la situación generada por él mismo y la consecuente molestia de tener que limpiar el piso para ocultar las evidencias de sus impulsos.

Vicky llegó veinte minutos tarde. Objetivamente pequeña, medía quince centímetros menos que Julián, aunque lo disimulaba con la esbeltez de sus piernas que eran desproporcionadamente largas para su diminuto torso. Algo encorvada, con aparatos en los dientes bajo estricta recomendación de su odontólogo, su cara no terminaba de decidirse entre la belleza y

la fealdad, residiendo en un limbo de indefinición. Podría decirse que exhibía la cara de una chica de quince años, o bien, de una anciana de setenta. Era imposible saberlo. Hubiera sido preciso someterla a todo tipo de exámenes clínicos para determinarlo, e incluso así, la incertidumbre del resultado estaba asegurada. Era natural que Julián se sintiera atraído hacia ella. Su figura despertaba el interés masculino y a ello se sumaba el desafío de poder categorizar cada una de sus facciones entre los principios de la armonía y la aversión de lo desagradable. Ataviada con remera blanca y jean suspicazmente apretado, Vicky ostentaba una cartera que se convertía en un bolso de viaje al contrastar con su pequeño cuerpo. Cualquiera podría haberle preguntado qué destino exótico había elegido para vacacionar y aprestarse en darle direcciones hacia el aeropuerto más cercano, y no por ello hubiera podido ser tildado de maleducado.

—Hola Vicky —dijo Julián y la saludó con un beso en la boca.

—Hola. Perdón, se atrasaron con la comida en casa —contestó tímidamente Vicky.

—No importa, todavía tenemos tiempo de ir a tomar un helado antes de la película.

—Juli. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Nada. De cosas.

—¿Qué cosas? ¿Pasa algo?

—Sí. Nada. Es que... estuve pensando.

—¿En qué?

—En nosotros.

—Ajá —dejó suspendido en el aire Julián—. ¿Y? Estamos re bien ¿o no?

—Juli, yo... yo no estoy bien.

—¿Qué te pasa?

—Necesito estar sola. Esto es mucho para mí.

—¿Me estás cortando? —dijo de manera angustiada Julián.

—No. Bueno sí. Pero es que necesito un tiempo. Para pensar. Hacer cosas. Y ocuparme de mí. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Qué te anda pasando? ¿Tenés un problema? Yo te puedo ayudar ¿Por qué no me contás todo?

—Juli, tengo que hacerlo sola. Te quiero un montón, pero no podemos estar juntos ahora.

—¿Por qué? Hasta ayer estábamos re bien. No entiendo que pasa ¿Conociste a alguien?

—No.

—¿Entonces? ¿Es Gastón?

—No, quiero estar sola.

—No te creo, ¿te llamó? Todavía te mueve el piso.

—Puede ser. Pero no importa, quiero estar sola. Perdoname Juli. Te quiero.

—Yo también te quiero. No me dejes. Quiero estar con vos.

—Juli no... No me hagas esto. Por favor, respetá lo que quiero.

—Hagamos una cosa. Lo pensás tranquila y hablamos en una semana.

—No. Es definitivo.

—No entiendo... —suspiró Julián, desconsolado.

—Te quiero —dijo Vicky, y le dio un beso en la mejilla. Julián quiso besarla en la boca, pero la chica lo esquivó hábilmente. El beso esgrimido por Julián se perdió para siempre en el vacío y la torpeza del acto lo invadió inicialmente de vergüenza, mas luego fue diluyéndose en la pena que ya le recorría cuerpo y alma.

—No Juli, no nos va a hacer bien esto. Para vos va a ser mejor que no pienses en mí.

—Pienso todo el tiempo en vos.

—Ya se te va a pasar, créeme.

—¿Qué sabes vos del amor?

—Créeme. Quizás no estamos destinados a estar juntos.

—Yo creo que sí. Quiero estar con vos siempre.

—Juli... No. Me tengo que ir.

—Vicky. No te vayas.

—Chau Juli. Cuidate. Ah... Te traje tu buzo —a lo cual procedió a sacar la prenda de su cartera y dársela a Julián. Era su buzo de egresados del colegio. Se lo había regalado al finalizar las clases en un gesto de amor simple, tierno, inocente, que ahora se convertía en una prueba de desaire amoroso.

—Vicky.

—Te quiero —dijo Vicky, conmovida.

—Yo te quiero —suspiró Julián, y la besó torpemente en la boca.

—No, basta. Me voy.

—Chau —dijo débilmente Julián con lágrimas comenzando a escapar de sus ojos.

—No llores.

—No te preocupes.

—Yo sé que vamos a volver.

—No pienses en mí. Pensá en vos.

17 años.



